

Un siglo con los comunistas chinos

HIGINIO POLO

Comisión Internacional del Partido Comunista de España

El centenario del Partido Comunista de China va a celebrarse cuando constatamos que el mundo ha cambiado para siempre. Un siglo de luchas, esfuerzo y sacrificio trajeron la nueva China, atravesando los años de Gobiernos nacionalistas del Kuomintang, la invasión japonesa, la *larga marcha* y la Segunda Guerra Mundial. China se puso en pie con la Revolución de 1949 y la proclamación de la República Popular: el comunismo chino irrumpía en las grandes revoluciones de la historia, abriendo el camino al socialismo en el país más poblado de la tierra. Fue una etapa difícil, dura, llena de dificultades y también de errores, que prosiguió cuarenta años después en lo que puede calificarse de «segunda revolución china»: el programa de reformas y apertura lanzado en 1978 para desarrollar el socialismo chino, que ha cambiado el rostro del país y ha situado a China entre las más importantes potencias del planeta.

En esa larga trayectoria histórica, China ha soportado las constantes injerencias de Estados Unidos. La etapa abierta por la llegada de Nixon a Pekín dio lugar a una distensión y al establecimiento de relaciones diplomáticas en 1979 que, sin embargo, estaban presididas por la ambición norteamericana de mantener a China en un estado subordinado y dependiente para forzarla a abandonar el socialismo y cambiar el sistema político. Después, tras la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio en 2001, Estados Unidos acarició el objetivo de apoderarse de la industria y las manufacturas chinas, adueñándose de un gran mercado para sus productos. Ese plan fracasó, y dos décadas después Washington ha iniciado una guerra comercial y tecnológica contra China con la pretensión de limitar su desarrollo y fortalecimiento; pero la dimensión de su fracaso estriba en que Estados Unidos ha pasado de querer dominarla a fantasear con la «contención de China». Porque Estados Unidos nunca ha aceptado una relación de igual a igual con China, y la arrogancia de



los Gobiernos de Washington los lleva a creer que tienen derecho a moldear el sistema político chino e imponer sus condiciones. En el pasado, comportándose como Estados delincuentes, las potencias capitalistas introdujeron el opio, impusieron las humillantes «concesiones» en territorio chino, arrebataron ciudades como Hong Kong y Estados Unidos llegó incluso a considerar la posibilidad de lanzar un bombardeo atómico sobre China. La agresión norteamericana a Corea en 1950 fue también un duro y sangriento aviso a la naciente revolución que había llevado a Mao Zedong y al Partido Comunista al Gobierno de un país que todavía estaba devastado por la Segunda Guerra Mundial y la agresión japonesa. En esos años, Lao She escribió en *La casa de té* que «después del agua amarga vendrá el agua dulce; después de la esclavitud, la libertad».

Por su significación, dos grandes revoluciones marcaron el siglo xx y siguen orientando el rumbo de la humanidad: la Revolución soviética y la Revolución china que proclamó la República Popular. La invasión japonesa galvanizó al pueblo chino, que pudo finalmente derrotar al militarismo nipón y preparar, tras la Segunda Guerra Mundial, la ofensiva decisiva contra el Gobierno reaccionario del Kuomintang; la República Popular abrió el camino para el renacimiento de China, para poner las bases del desarrollo socialista y edificar una nueva economía que superase las lacras del pasado capitalista y colonialista y de la dependencia de países occidentales, y lo hizo con las «cuatro modernizaciones» en la agricultura, la industria, la defensa y la ciencia y tecnología, aunque después los excesos de la Revolución Cultural crearon serias dificultades, paralizando la actividad de muchos organismos, creando confusión entre la militancia comunista y fracturando la economía del país.

Sin embargo, la reforma impulsada por el Partido Comunista en 1978 puso énfasis en la modernización de la agricultura y la industria, incorporando tecnología occidental; aprobó la creación de *zonas económicas especiales* y la introducción de sectores privados, aunque controlando su actividad, e impulsó el aumento de los intercambios comerciales con el mundo, sin olvidar el desarrollo de una moderna industria propia enfocada hacia la exportación. La entrada de China en la Organización Mundial de Comercio, OMC, con obligaciones forzadas por Washington que tenían el objetivo de facilitar el control de la economía china y la llegada de productos norteamericanos, implicó la reducción de los aranceles chinos a productos foráneos, para facilitar su importación, y la apertura al capital extranjero: Estados Unidos confiaba en que podría forzar la privatización de toda la economía china poniendo sus empresas y recursos en manos de las grandes multinacionales norteamericanas y, en segundo plano, de corporaciones japonesas y alemanas, e imponer el fin de la planificación económica socialista. Pero China supo sortear las dificultades, fortaleciendo su capacidad productiva y aprendiendo nuevas técnicas de fabricación. A partir de 2010, el Gobierno de Pekín puso énfasis en la innovación tecnológica, saboteada por Estados Unidos con el acoso a empresas chinas como Huawei y



ZTE, en la energía limpia, en una economía que respete la naturaleza. De hecho, Washington trabaja desde hace tiempo para dañar la economía china, y algunos de sus ministros, como hizo el secretario de Comercio de Trump, Wilbur Ross, llegaron a celebrar el daño causado por la covid-19 a China creyendo que no afectaría a Estados Unidos y que, por el contrario, haría posible el retorno de puestos de trabajo a su país.

2001 fue un año clave: Estados Unidos invadió Afganistán, iniciando sus guerras en Oriente Medio con la pretensión de dominar el mundo; China ingresó en la Organización Mundial de Comercio; Pekín y Moscú impulsaron la creación de la Organización de Cooperación de Shanghai; y se celebró en Porto Alegre el Foro Social Mundial que agrupa a fuerzas de izquierda de todos los continentes. Las guerras en Afganistán, en Iraq, en Siria, en Libia, se convirtieron en nuevas pruebas de la ambición imperialista norteamericana, pero han sido también la verificación de los límites de su poder. La incorporación china a la OMC supuso un cambio trascendental en los equilibrios económicos mundiales, visibles veinte años después, y el primer Foro Social Mundial expresó la decisión de la izquierda política, de los movimientos socialistas y comunistas del planeta, de hacer frente a una voraz globalización capitalista levantando la bandera de que «otro mundo es posible»: tras la desaparición de la URSS, la izquierda mundial había necesitado una década para rehacer sus efectivos y aprestarse de nuevo a combatir el imperialismo norteamericano y el Consenso de Washington.

Hoy, China está culminando el XIII plan quinquenal, que finaliza en 2020 y ha creado más de cincuenta millones de puestos de trabajo, ha impulsado la modernización de la industria, el desarrollo tecnológico, la renovación de muchas ciudades, la reducción de las emisiones contaminantes, la unificación de la red de ferrocarril y ha lanzado la iniciativa de cooperación económica, de alcance mundial, de La Franja y la Ruta. A su vez, el XIV plan quinquenal de 2021-2025 debe asegurar el pleno empleo, las pensiones y una seguridad social universal, levantar una industria moderna respetuosa con la naturaleza, el impulso de la cultura y el amparo de la milenaria civilización china, la participación colectiva en el gobierno del país y la primacía del imperio de la ley en el marco del socialismo cada vez más desarrollado. China debe afianzar su propia autonomía, sin depender de Occidente en algunos rubros científicos y técnicos, y el nuevo desarrollo debe basarse en la fortaleza de las exportaciones y en las oportunidades que ofrece el mercado interno chino, junto a la existencia y fortalecimiento de potentes empresas públicas. Además, el Gobierno ha aprobado el diseño de un plan de desarrollo que llega hasta 2035 y que culminará algunos de los grandes objetivos de la nueva China.

En las tres últimas décadas el escenario político internacional cambió también. La desaparición de la Unión Soviética estimuló las ansias de dominación norteamericana: su Project for the New American Century estaba escrito con





la tinta negra de su hegemonía sobre el mundo, y reservaba para China su conversión en un gran mercado para el capital y los productos estadounidenses, en un país dependiente al que se forzaría a abandonar el socialismo y adoptar el liberalismo y el sistema político capitalista. Rusia y el resto de repúblicas soviéticas comprobaron en la última década del siglo xx la más rápida destrucción de una economía en la época contemporánea, y ello fue a consecuencia de la implantación del capitalismo: Estados Unidos participó en esa operación devastadora y se benefició de ella. El colapso de la Unión Soviética fue una catástrofe, pero ello no invalida los presupuestos teóricos sobre los que se basa el comunismo: la evidencia de un injusto y cruel sistema capitalista que impone la guerra y la explotación por doquier y destruye el planeta continúa exigiendo una respuesta política que le haga frente en el mundo, que solo puede surgir del socialismo. La desaparición de la Unión Soviética y del campo socialista europeo debe servir también de recordatorio sobre las fuerzas hostiles que se generan en el interior del país, para controlar el poder acumulado por la iniciativa privada: los casos de Ren Zhiqiang y de Guo Wengui ilustran el peligro de personajes enriquecidos que se convierten en enemigos de su propio país y que, en el caso de Guo, ha llegado a hacerse cómplice del antiguo asesor de Trump, el corrupto Steve Bannon, para derribar al Gobierno chino. Hace más de mil años, la poetisa Xue Tao ya escribió sobre las tretas del funcionario codicioso que quería conseguir fama de incorruptible. También, China sabe que hay que localizar las deficiencias, los errores, nutrir el espíritu crítico, mantenerse firmes en el combate a la corrupción: los comunistas deben ser los abanderados de la eficacia, de la honradez, la fraternidad y la sencillez.

La planificación socialista es la llave del éxito. Junto a ello, la preservación de la unidad de China con la plena integración de Taiwán, la estrategia para enfrentar el envejecimiento de la población, la innovación, la protección de la naturaleza, la investigación del cosmos, el combate contra el cambio climático, el trabajo constante, son grandes retos que encara el pueblo chino, de ahí la responsabilidad otorgada a Shenzhen para impulsar nuevos proyectos de reforma y desarrollo. Es de suma importancia seguir fortaleciendo al Partido Comunista de China, continuar impulsando la educación y la cultura, conseguir que las mujeres («la mitad del cielo») estén representadas con igualdad en todos los niveles del país, contribuir a la consolidación de la paz en el mundo.

Por la dimensión de su país, el Partido Comunista de China tiene una responsabilidad fundamental para contribuir al fortalecimiento del movimiento comunista en el mundo, para estimular el avance hacia el socialismo en todo el planeta, como examinará el Foro del Socialismo Mundial que se celebrará en China en 2021. Los desafíos para los partidos comunistas del mundo son muchos: deben impulsar el desarme nuclear, estimular la lucha por la paz y contra el imperialismo, contribuir a un nuevo orden internacional basado en la cooperación, el respeto y la igualdad entre países, acabar con la lacra del ham-

bre, la enfermedad, la pobreza y el trabajo infantil, muchas veces esclavo; en suma, acabar con la explotación e implantar el socialismo. No será fácil. En el siglo XXI, todavía media humanidad carece de servicios médicos y vive bajo la línea de pobreza, y el capitalismo occidental es responsable de esa situación. Ya hace décadas que el presidente tanzano Julius Nyerere afirmó: «No necesitamos ayuda de Occidente. Basta con que levanten su bota de nuestro cuerpo». El socialismo sufrió un enorme retroceso en 1991, pero hoy China, Vietnam y Cuba, además de otros países progresistas, representan la esperanza de un mundo nuevo, encerrado ahora en una cruel paradoja: cuando es más evidente que nunca la necesidad de un desarrollo en armonía con la naturaleza, cuando más peligra la supervivencia del planeta, más veloz es la desbocada carrera del capitalismo hacia el desastre. Por eso, China debe unir sus esfuerzos a otros países para establecer un nuevo marco de relaciones internacionales, un nuevo orden basado en la cooperación, en la ayuda mutua, en la búsqueda de soluciones a los problemas del mundo.

El imperialismo no va a detener sus insidias. Las acusaciones de gobernantes norteamericanos al Partido Comunista de China, presentándolo como «una amenaza para el mundo», la incitación de Estados Unidos a países de la ASEAN para envenenar sus relaciones con Pekín, la denuncia pública de la supuesta agresividad de China hacia sus vecinos, los provocadores patrullajes de la marina y la aviación estadounidense en el mar de China Meridional, el acoso a periodistas chinos en ciudades norteamericanas, el cierre del consulado de Houston, el hostigamiento a Huawei y otras empresas chinas, el estímulo al nacionalismo en Tíbet, Xinjiang, Hong Kong y Taiwán y la guerra comercial desatada por el Gobierno de Trump, ilustran su proceder. A lo largo de su historia, Estados Unidos ha recurrido a la agresión y la guerra, y China no puede olvidar que llegó incluso a bombardear su embajada en Belgrado durante la ilegal intervención militar en Yugoslavia en 1999 que destruyó gran parte del país.

En octubre de 2020, la gira asiática del secretario de Estado Mark Pompeo sirvió para atacar de nuevo a China, acusándola de coaccionar a otros países, asegurando que ello era evidente en el mar de China Meridional, en el mar de China Oriental, en la cuenca del Mekong, en el Himalaya y en el estrecho de Taiwán, porque Estados Unidos se ha acostumbrado a lanzar duras acusaciones sin mostrar las más mínimas pruebas, recurriendo a la mentira, el chantaje y la manipulación. En esa gira diplomática, Pompeo trató de asegurarse la compli- cidad de Japón, Australia e India con la campaña contra China que mantiene Washington, al mismo tiempo que vende nuevas armas a Taiwán, con la complicidad de Tsai Ing-wen, incrementando la tensión en las costas chinas. Estados Unidos no opta por la distensión, sino por imponer sus condiciones, y va a seguir organizando provocaciones en el mar de la China Meridional con el falso pretexto de la defensa de la «libre navegación», va a desatar nuevos episodios de crisis y enfrentamiento en el estrecho de Taiwán y en la península de



Corea y va a tratar de enfrentar a China con la India, deteriorar su relación con Japón e incluso estimular la desconfianza del Vietnam socialista. La paciente diplomacia china, el vigor y la habilidad de su Gobierno serán determinantes para alejar las amenazas bélicas que con tanta frecuencia esgrime Estados Unidos. Pero la fortaleza de la nueva China no debe olvidar los riesgos: son muchos, y la acelerada militarización de Estados Unidos, en cuyo ejército gasta ya más de dos mil millones de dólares diarios, no es la espuma de una ola pasajera. El mundo necesita una nueva distensión, el cese de los enfrentamientos y el inicio de una nueva colaboración entre las grandes potencias, consolidando un mundo multipolar, pero el nuevo presidente de Estados Unidos, Joe Biden, quiere reforzar el dispositivo militar norteamericano en Asia con el objetivo de mantener la hegemonía, y cabe recordar que aunque en 2016 Biden aceptaba la idea de «una sola China», ahora ha dejado de hacerlo.

Edgar Snow, profundo conocedor de la China moderna, realizó su último viaje al país en 1971, un año antes de morir. Había entrevistado a Mao Zedong y a Zhou Enlai, y su último libro, *La larga revolución*, fue una afectuosa mirada al pueblo chino, con el que quería contribuir a la mejora de las relaciones con Estados Unidos. No hay nada semejante ahora, y China deberá mostrar toda la paciencia, la habilidad y la firmeza necesarias para consolidar la paz, aunque es muy probable que no pueda llegarse a acuerdos justos con Estados Unidos: sus gobernantes están demasiado acostumbrados a imponer sus condiciones, y no quieren aceptar que el mundo sometido a su hegemonía terminó para siempre. Pero su poder continúa siendo determinante y su historia no invita al optimismo: Estados Unidos ha incendiado países enteros, ha impuesto guerras, ha bombardeado países en todos los continentes habitados de la tierra excepto en su aliada Australia, y es el único país del planeta que ha sido capaz de utilizar contra la población civil los tres tipos de armas de destrucción masiva: nucleares, químicas y biológicas.

Hace un siglo que la humanidad acompaña a los comunistas chinos, y no podemos olvidar que, en las difíciles condiciones de los años del nazismo en Europa, más de cien voluntarios chinos se trasladaron a España para incorporarse a las Brigadas Internacionales en la lucha contra el fascismo y en defensa de la República española. Hoy, China ha mostrado su solidaridad con muchos países enviando ayuda y equipos médicos para combatir la pandemia de la covid-19. El Partido Comunista de China tiene una gran responsabilidad: cuando en 2049 se celebre el centenario de la República Popular, China debe ser un país socialista moderno, pacífico y fraterno, del que podrán sentirse orgullosos los comunistas chinos y los comunistas del mundo. Porque el socialismo ha de ser el futuro compartido de la humanidad. ★

